

guno te podrás mostrar duro, quisquilloso, y desabrido: guardarás bien de manifestarte impaciente, poco sufrido y colérico. Haces limosnas, rezas mucho, asistes á todos los ejercicios de devocion, á todas las obras de misericordia: cosa muy loable; pero eres murmurador, vengativo, suspicaz, desconfiado; estás lleno de hiel; descuidas de las obligaciones de tu estado, de tus leyes, y de tus reglas; pues desconfia de tus virtudes aparentes; mucho es de temer que sean falsas. Examínalas bien con frecuencia, y ten por cierto que este ejercicio es de la mayor importancia.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ALEJANDRO, ABUNDIO, ANTIGONO, Y FORTUNATO, en Roma.

EL MARTIRIO DE SAN JULIAN, mártir, en Alejandria, el cual padeció tanto de gota, que no podía andar ni estar en pié. Habiendo sido presentado ante el juez juntamente con dos criados que lo llevaban en una silla, uno de ellos negó la fe; mas el otro, llamado EUNO con Julian su señor perseveraron en la confesion de Jesucristo: y ambos puestos encima de camellos, fueron paseados por toda la ciudad, despedazándolos con crueles azotes; y finalmente á vista del pueblo en una grande hoguera fueron quemados.

SAN BESA, soldado, en el mismo sitio, el cual reprendiendo á unos que insultaban á los sobredichos mártires, fué acusado ante el juez de que era cristiano; y mostrándose constante en la fe, fué degollado.

SAN LEANDRO, en Sevilla de España, obispo de la misma ciudad, por cuya predicacion é industria, ayudando á ello el rey Recaredo, convirtió á la fe católica á los Godos, que estaban infestados de la herejia de Arrio. (Véase su vida en el dia 13 de marzo.)

LOS SANTOS CONFESORES BASILIO Y PROCOPIO, en Constantinopla, los cuales en tiempo del emperador Leon defendieron valerosamente el culto de las santas imágenes.

SAN BALDOMERO, en Leon de Francia, hombre de Dios, cuyo sepulcro es ilustre por los continuos milagros. (Véase su vida en las de este dia.)

SAN ALEJANDRO, OBISPO DE ALEJANDRÍA.

SAN Alejandro, uno de los celebérrimos obispos de Alejandria, esclarecido ornamento de la Iglesia universal, proclamado con innumerables elogios de los Padres, segun escribe S. Atanasio su discípulo, fué un varon magnífico, equitativo, liberal, amable y sumamente caritativo, tan observante del ayuno, que



S. ALEXANDRO O.

jamás le quebrantó antes de ponerse el sol: con tanta reverencia á las santas Escrituras que siempre las leía en pié, en señal de respeto al Espíritu Santo, que nos enseña por aquellos sagrados códigos. Aunque sus admirables virtudes hicieron recomendable su mérito en todo el orbe cristiano, su mayor gloria se funda en haber sido el primer capitán de la milicia de Jesucristo, que en guerra viva levantó el estandarte contra Arrio, perversísimo heresiarca, batallando con él hasta los últimos alientos.

Habia recibido á este monstruo infernal S. Pedro, obispo de Alejandria, ilustre mártir de Jesucristo, entre los individuos de su clero, aparentando en los principios mucha religiosidad; pero espelido á breve tiempo de la comunión de los fieles por sus criminalidades, temeroso de la excomunión, estimulado del remordimiento de su conciencia, solicitó con fingido arrepentimiento volver al gremio de la Iglesia. Inflexible S. Pedro en concederle la absolución de la censura, se valió el hereje de Aquila y Alejandro, presbíteros de Alejandria, muy amados del Santo, á fin de que intercediesen con él para que le admitiese. Hicieron la súplica con aquel prelado estando ya en prisión por defensa de la fe, en la persecución que suscitaron los emperadores Diocleciano, y Maximiano contra la Iglesia; y negándoles la gracia, les habló en estos términos: Hermanos míos dilectísimos, tengo entendido, que Arrio es muerto para con Dios, y arrojado de su presencia en este siglo, y en el futuro: y para que en ningún tiempo podáis censurarme de rígido, é inhumano, sabed, que estando orando en la noche precedente, he visto á Jesucristo en forma de un niño de doce años, cercado de un resplandor inmenso, con el vestido rasgado en dos partes; y preguntándole, despues de haber vuelto del sobresalto que me causó aquella vision, quién era el autor de la escisura, me respondió que Arrio; previniéndome no le admitiese jamás á la comunión de los Santos, encargándome asimismo, que os lo dijese, pues me reveló, vendriais á este fin hoy, movidos de sus instancias.

Muerto S. Pedro en la persecución dicha, en la que consiguió la corona del martirio, le sucedió Aquila en la silla de Alejandria, quien olvidándose de la prevención hecha por el Santo, dejándose engañar, nimiamente fácil, de las fingidas promesas de Arrio, le admitió á la comunión de los fieles, y fió á su cuidado una de las parroquias de Alejandria. Pero habiendo fallecido Aquila á pocos meses de su elevación al trono; como Alejandro era comunmente amado y venerado de todo el clero y pueblo por su eminente virtud, fué promovido á aquella cátedra por uni-

versal consentimiento. Lleno de envidia el presbítero Arrio de una elección tan aplaudida, ya que no pudo calumniar la vida inculpable del Santo, tomó el partido de oponerse á su doctrina católica, predicando que Jesucristo no era hijo consustancial del Eterno Padre: pervirtiendo á no pocos fieles con las sofisticas argumentaciones de que se valia para sostener una impiedad tan execrable, apoyándola con las sentencias de la santa Escritura, que solo hablan de la naturaleza humana unida hipostáticamente con la divina; no de ésta; una en las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad. Luego que entendió Alejandro tan sacrilega blasfemia, que injuriaba nada menos que al dogma mas sacrosanto que cree y confiesa nuestra santa fe en el inefable misterio de la Encarnación; procuró como padre primeramente atraer al hereje al conocimiento de su error por medio de saludables moniciones, consejos, y amorosas instrucciones: pero viendo frustradas todas sus esperanzas, congregó un concilio de los obispos de la provincia, como patriarca de Egipto, en el que se condenó á Arrio por hereje contumaz con los secuaces de la herejía, privándoles de la comunión de la Iglesia.

Resentido el heresiarca de tan justa providencia, determinó vengarse por cuantos medios le fuesen posibles; y con tan perverso intento pasó á Palestina, donde pervirtió con sus cavilosos artificios á no pocos obispos, especialmente á Eusebio de Nicomedia, que se declaró desde luego protector de la impiedad. Unido este partido enemigo de la fe católica con el de los herejes Melecianos, acérrimos contrarios de Alejandro, por haberlo sido de su predecesor S. Pedro, quien separó de la comunión á Melecio, obispo Licopolitano (de quien tomaron la denominación) por sus enormes delitos, y particularmente por su caída en la idolatría, hacían á la Iglesia una guerra mas cruel y sangrienta que la que pudiera padecer por los gentiles. Apenas supo Alejandro la conjuración de los enemigos de Jesucristo, infatigable como siempre en la defensa de los artículos dogmáticos, escribió á los prelados eclesiásticos de aquella provincia muchas cartas llenas de aquel santo celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, manifestándoles con una erudición vasta la impiedad de la nueva herejía, desengañándoles al mismo tiempo de las ficciones y artificios de aquel monstruo que vomitó el infierno para rasgar el vestido de Jesucristo, y perturbar la paz de la Iglesia. No satisfecho con estos avisos, dió parte del daño ocasionado al sumo pontífice Silvestre, haciendo lo mismo con el emperador Constantino: tambien imploró el auxilio de todos los obispos ortodoxos, recomendables por su ciencia y santidad en el Oriente y Occiden-

te, animándoles á que se armasen contra la sacrilega novedad, indicándoles la notable pérdida que ya se experimentaba en la fe católica por los adelantamientos de Arrio, protegido de Eusebio y otros prelados engañados con sus sofismas.

No es posible esplicar lo que trabajó Alejandro para sepultar aquel monstruo del abismo, y precaver á los fieles del veneno con el antidoto oportuno. A su celo, y continuas instancias debe la Iglesia el primero de sus concilios ecuménicos, ó generales, celebrado en la ciudad de Nicea, al que asistieron trescientos diez y ocho obispos, donde fué condenado Arrio con su herejía, y secuaces.

Pero donde mas acreditó este eminentísimo prelado su fortaleza apostólica fué en la justa resistencia al empeño del emperador Constantino, dirigido á que admitiese á la comunión á Arrio, bajo el concepto de su arrepentimiento, respondiendo á aquel príncipe, á quien tanto debió la Iglesia, que no podia hacerlo, porque la conversión de un hombre tan protervo era nacida del temor, no de sincero arrepentimiento; y que así no era licito que los miembros vivos del cuerpo místico de Cristo comunicasen con los podridos, é infectos, separados de la Iglesia con la formidable espada de la anatema.

Además de tan laudables empresas capaces de eternizar su memoria, se refiere en su elogio la creacion de un héroe como san Atanasio, estimando por pronóstico de su virtud y mérito un suceso bien extraño. Habiendo concluido el Santo la festividad de S. Pedro mártir en su iglesia, retirado á su palacio, vió desde él en las orillas del mar una multitud de niños, que en sus inocentes juegos imitaban muchas acciones misteriosas ejecutadas en el templo. Lleno de admiracion, mandó llamarlos, y examinándolos cuidadosamente, declararon con sencillez que fueron bautizados algunos de ellos por Atanasio que se hizo obispo en los entretenimientos; y hallando satisfechos todos los ritos de la Iglesia en la administracion de aquel Sacramento, mandó no rebautizarlos.

De este prodigioso hecho tomó ocasion Alejandro para aconsejar á los padres de Atanasio que le dedicasen al servicio de la Iglesia, donde educado como otro Samuel en el templo, le ordenó de sacerdote, le tuvo por su mayor privado, y fué el ministro mas fiel en sus continuas empresas contra Arrio y sus secuaces, manifestando en la hora de la muerte, que convenia fuese su sucesor por la grande utilidad que resultaria á la Iglesia de un prelado de su carácter, constante en la defensa de la fe católica, como lo acreditó en su vida.

Ultimamenté, este héroe admirable, lleno de triunfos y merecimientos, falleció por los años 426, á los cinco meses siguientes al concilio Niceno, despues de haber gobernado su Iglesia por espacio de diez y seis años, como un verdadero sucesor de los Apóstoles, guerreamdo contra Arrio y secuaces de su impiedad hasta la muerte.

SAN BALDOMERO, CONFESOR.

UNO de aquellos Santos maravillosos que han florecido en la Iglesia de Dios fué S. Baldomero natural de Francia; cuya memoria ha sido célebre en la ciudad de Leon, que fué el teatro de su prodigiosa vida. Educado desde la cuna en la religion de Jesucristo, siguió fielmente todas las piadosas máximas del Evangelio, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Quiso aspirar desde sus primeros años á la cumbre de la mas alta perfeccion: y conociendo que cuanto menos grato pareciera á los ojos del mundo, tanto mas agradaria al Señor, se dejó ver siempre el mas despreciable de los hombres en el vestido, y en el calzado. Fundado en esta máxima, y en el sólido principio del santo temor de Dios, practicó todas aquellas virtudes que forman el carácter de un perfecto cristiano, tanto que ya su infancia era un preludio de la santidad futura á que llegó con el tiempo.

Aplicóse en su juventud á trabajar en labores de hierro; y como su fin no era otro que el de tener fondos para ejercitar su ardiente caridad, que fué en él la virtud predominante, ejecutándolo así, invertía en socorro de los necesitados todo el importe de sus primorosas obras. No por esta ocupacion dejó el principal objeto de todas sus atenciones, que era el de su propia santificacion; y por lo mismo se dejó ver integro en la caridad, continuo en la leccion espiritual, frecuente en las santas vigiliass, liberal en las limosnas, agradable y veraz en el trato con sus hermanos; sin que jamás se le notase el menor dolo en su intencion, ni en sus labios la mentira mas leve.

Aunque todo este complejo de virtudes hicieron amable á Baldomero; y aun venerable, lo que mas llenó de admiracion á cuantos le conocieron, fué aquella continua solicitud en bendecir al Altisimo, siendo su incesante espresion: *Demos á Dios gracias siempre en el nombre del Señor.* De aquí resultó que atendiendo los fieles á una leccion tan continua, se movian á su ejemplo á alabar á Jesucristo.

Pasó en cierta ocasion el ilustre abad Vicente del monasterio



S. BALDOMERO, C.

de S. Justo de Leon á un pueblo llamado Audacio, poco distante de aquella ciudad; y viendo en él á Baldomero con su acostumbrado humilde traje en fervorosa oracion, en cuyo ejercicio ocupaba muchas horas del dia, y de la noche, edificado de su devocion, quiso saber quién era. Comenzó á tener con él conversacion; y conociendo por ella, y por un impulso del Espiritu Santo, que era un fiel siervo de Dios, llevándole consigo á su monasterio, hizo que se estableciese en él, bajo el concepto de que daria mucho honor á aquella ilustre casa. Eligió el siervo de Dios para su habitacion la celda mas humilde del monasterio, y manifestando desde luego aquellas heróicas virtudes que cultivó en el siglo, sin dejar su acostumbrada solicitud de alabar al Señor con la espresion dicha, se concilió la veneracion no solo de los monges, sino de todos los habitantes en Leon. Vieron éstos que la pasion predominante de Baldomero era la de la caridad para con toda clase de necesitados; y queriendo contribuir al ejercicio de una virtud tan meritoria, le daban sumas crecidas para que las invirtiese en socorro de los miserables. Haciale el siervo de Dios con tanto desinterés, que olvidándose de sus propias necesidades, todo lo distribuia con los pobres, mirando en cada uno de ellos la imagen viva de Jesucristo.

Crecia cada dia la fama de la piedad de Baldomero; y queriendo Gaudrico, obispo de Leon, condecorarlo para el reparto de las limosnas, resolvió conferirle el orden de subdiácono. Sobresaltóse la humildad del Santo al oír semejante proposicion, y considerando indigno de recibir tal ministerio, puesto de rodillas ante el prelado, besándole las manos bañado en tiernas lágrimas, le suplicaba, que no le impusiese este cargo.

Quiso Dios acreditar lo agradable que le era la ardiente caridad de su fidelísimo siervo por una de aquellas maravillas de su adorable providencia, y para demostrarlo, venian á la hora regular de comer las aves á las manos del Santo á fin de que les diese alimento, á las que despedia siempre, amonestándolas que bendijesen al Señor del cielo y de la tierra. Finalmente llegó el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, y habiéndose dispuesto para la muerte con aquellas preparaciones que son fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en divinos incendios, murió en el Señor en el dia 27 de febrero, á poco mas de mediado el siglo vii. Diéronle sepultura los monges de san Justo de Leon en su monasterio, y haciendo Dios célebre el sepulcro de Baldomero con repetidos prodigios, fueron los mas dignos de admiracion las milagrosas curaciones de los muchos enfermos que concurrían á visitarle: con la particularidad de con-

seguir el beneficio no solo en el cuerpo, sino de sentirse movidos á mejorar su espíritu.

La Misa es del comun de Confesor Pontifice, y la oracion la que se sigue:

Suplicámoste, omnipotente Señor, que en esta venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor, y pontifice S. Alejandro, se aumente en nosotros la piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 13 del Apóstol S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: todo pontifice está sujeto á las mismas flaquezas; y por tanto debe ofrecer sacrificios, no solo por los pecados del pueblo, sino por los propios. Bien que ninguno debe introducirse en este honor, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

Conocemos poco las riquezas de la bondad de Dios. Es admirable el cuidado con que atiende á nuestras necesidades. Establecióse el sacerdocio principalmente para honrar la majestad infinita de Dios; pero el mismo Dios quiso estenderle tambien á que sirviese para espiar nuestros pecados, y para facilitarnos la reconciliacion con su amistad. ¡Qué bondad tan escesiva!

Ningun pontifice se escogió entre la clase de los espíritus angélicos, sino que, *Omnis pontifex assumtus ex hominibus constituitur in iis, quæ sunt ad Deum*: todo pontifice se escogió de entre los hombres, y por los hombres para aquellas cosas que dicen relacion á Dios, y para que ofreciesen sacrificios por sus pecados. Aquellos purísimos espíritus, aquellas celestiales inteligencias, como tan superiores á las humanas miserias, quizá no las mirarian con tanta compasion. Por eso quiso Dios constituirnos unos sacerdotes, que fuesen capaces de compadecerse de ellas. Y ciertamente ninguno debe compadecerse mas de los pecados ajenos, que el que se siente vehementemente inclinado á

las mismas pasiones, y no pocas veces interiormente lacrado con las mismas miserias.

Parece que solo Jesucristo y los hombres podian tener estas entrañas de compasion con los pecadores. Cristo, porque siendo Dios, conoce el barro de que nos formó, y siente para con nosotros aquella misma compasion, y aquella misma ternura que un padre blando y amoroso tiene para con sus hijos. Los hombres, porque estando sujetos á las mismas pasiones, sienten la fuerza de su peso, y porque no pueden menos de compadecerse de los pecadores, viéndose ellos mismos obligados á ofrecer los mismos sacrificios para espisar sus propias culpas.

El celo duro y amargo, la rigidez inflexible en la direccion de los pecadores no puede nacer sino de cierto fondo de orgullo, que cegándonos miserablemente, nos persuade que no somos como el resto de los otros hombres. Los fariseos echaban á los demás cargas intolerables, y ellos no podian sufrir el peso de una paja; porque teniendo á los otros por grandes pecadores, solo á sí mismos se tenian por inocentes y justos.

La dignidad del sacerdocio es eminente; pero no es menos formidable. El que no fuere llamado á ella con vocacion legitima como Aaron, no podrá con el peso de tan alto ministerio: *Nec quisquam sumit sibi honorem: sed qui vocatur à Deo tamquam Aaron.* Cuando Dios da la vocacion, da tambien los talentos necesarios para desempeñarla. Pero cuando se asciende á esta dignidad por la ambicion, por el interés, ó por otros motivos humanos; cuando se sube al altar con aquel mismo espíritu que puso el incensario en las indignas manos de Coré, Datan y Abiron, no hay que esperar otra suerte que la que tuvieron estos infelices. Gran sacrilegio es introducirse en el santuario, entremeterse en los sagrados ministerios, sin legitima y castiza vocacion.

El Evangelio es del capitulo 13 de S. Mateo.

En tiempo que encargaba Jesucristo á sus discípulos que estuviesen siempre vigilantes, les dijo: Considerad, velad, y orad; pues ignorais cuando será el tiempo (de mi venida). Así como el hombre que parte lejos de su casa, da á sus siervos facultad para lo que han de hacer, y manda al portero que

vele; á este modo velad, pues ignorais cuando vendrá el señor de la casa, si por la tarde, á la media noche, al canto del gallo, ó por la mañana: no sea caso que viniendo de repente, os encuentre dormidos. Lo que os digo á vosotros lo digo á todos: velad.

MEDITACION.

Que solo se encuentra la verdadera libertad en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera el grosero error con que se vive en el mundo, creyéndose comunmente que la devocion es una intolerable servidumbre, que oprime y que encadena, porque es preciso velar y orar continuamente. No aprisiona tanto ni con mucho la vigilancia de las almas justas, como la que indispensablemente han de tener los mundanos. Aquella es dulce, es suave, es tranquila: esta es puramente servil, y llena de amarguras.

¡O gran Dios! ¡y qué inconsiderados son los hombres! Buscan solícitos la libertad, y se desvian de vos, que sois la fuente de ella. El que no sirve á Dios, nunca sirve á un amo solo: sirve al mundo, que tiene sus leyes; sirve al amor propio, que tiene sus máximas; sirve á las pasiones todas de diversísimas inclinaciones; sirve á los respetos humanos, á quienes sacrifica hasta la misma religion. Servir á cien amos, que nunca están acordes entre sí, con la dura necesidad de no contentar á uno sin ser castigado de los otros, ¿es por ventura ser libre?

¡Qué sujecion mas intolerable, qué mayor esclavitud que la que pide el mundo á los que le sirven! Es menester contemplar á unos, sufrir á otros, y depender de todos. ¡Y esto se llama libertad!

¿Mas dónde se hallará esa amada libertad, que con tanta ansia se busca, huyendo de Dios? Porque es cierto que en ninguna parte del mundo se la encuentra. No en la corte ni en las casas de los grandes; porque en ninguna parte se vive, ni con mayor abatimiento, ni con mayor bajeza, ni con mayor indignidad, ni con mas indecente esclavitud. No en las dignidades, no en los empleos, no en el ministerio, no en el manejo de los negocios públicos. ¿Dónde hay cosa que mas oprima, que mas sujete, que mas esclavice? Es responsable de sus acciones á todo el mundo: no tiene tiempo para vivir con los suyos, ni aun consigo; en una palabra, ha de ser todo de otros. ¿Qué condicion mas servil que la de los negociantes? ¿Dónde la hay mas intolerable que la de los que se llaman felices en el siglo? Es la vida civil una especie de comercio, donde, por decirlo así, cada uno vende la libertad y el sosiego propio á precio del sosiego, y de libertad ajena. En fin, tampoco se halla esta libertad en la vida privada: ¿cuántos lazos la aprisionan? ¿Cuántos cuidados la

oprimen? ¿Cuántas obligaciones la encadenan? ¿Cuántas atenciones la tienen como amarrada, y pendiente de innumerables cuidados?

¡O hijos del siglo! acabad de conocer que esa imaginaria libertad, de que tanto os gloriais, es una durísima esclavitud.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay otra verdadera libertad, sino la que gozan los hijos de Dios: *Ubi spiritus Dei est, ibi libertas* (2. Cor. 3): donde hay espíritu del Señor, allí hay libertad verdadera. *Hermanos míos*, dice el apóstol S. Pablo, *ya no somos hijos de la esclava, sino de la libre; porque esta es la libertad, que nos restituyó Jesucristo.* (Gal. 3). Hace Dios la voluntad de los que le temen cuando es recta, dice el Profeta (Ps. 114), y cuando no lo es, la rectifica, conformándola con la suya sin violentarla, sin oprimirla: y como los justos siempre quieren lo que quiere Dios, se puede en cierta manera decir, que siempre hacen lo que quieren. ¿Pues qué otra cosa es ser libre, sino hacer uno siempre su propia voluntad?

Libre de las caprichosas leyes del mundo, y de la tiranía de las pasiones; exenta del violento poder del amor propio, ¿qué mayor libertad, que la que goza un alma en el servicio de Dios? ¿Qué mas dulce consuelo, que no depender ya del capricho de tantos amos, y no tener que contentar, ni que dar gusto mas que á solo Dios?

Los impíos son esclavos en medio de su imaginada libertad: y los Santos están libres entre las cadenas y los grillos. Cuando unicamente se trata de agradar á Dios; cuando se coloca toda la felicidad en servirle, se goza de una libertad cumplida. ¡Ah, y si conocieran esta verdad los que tanto suspiran por ser libres; si se dignáran experimentarla; y cuanto se compadecerian, cuanto llorarían la triste suerte de aquellos infelices esclavos que huyen del servicio de Dios por miedo de no vivir aprisionados!

Conozco, Señor, este error, lamento esta funesta suerte y lloro con amargo llanto tantos años infelizmente pasados en la miserable esclavitud del servicio del mundo; pero confío en vuestra misericordia, que hoy será el primer día de mi perfecta libertad, porque también será el primero de mi perfecta conversion.

JACULATORIAS.—Hombres del mundo, colocad toda vuestra gloria en servir á Dios con alegría. (Ps. 95).

Mi Dios, vale mas un solo día en el zaguan de vuestra casa, que mil años en los palacios del mundo. (Ps. 83).

PROPOSITOS.

1 Sin método y sin regla en la vida no puede haber devoción verdadera, á lo menos perseverante; porque las devociones inconstantes y ligeras no son á propósito para fomentar la virtud. Este orden de vida, esta especie de exactitud en las distribuciones diarias se representa gravosa á los que no la conocen mas que por noticias, ó por la falsa idea que se forja el amor propio, inclinado siempre á una aparente, y mal entendida libertad. No incurras en tan grosero error; y persuádate á que la libertad verdadera es herencia legítima de la vida uniforme y regular. Es menester que el juicio esté trastornado, y el corazón corrompido para encontrar gusto en vivir sin orden, y para que se figure amable la confusion. Si quieres vivir piadosa y cristianamente es menester hacer con regla todos los ejercicios, y todas las acciones: señalar hora fija para levantarte y para acostarte: para la oración de la mañana, y para las devociones de la noche: para la lección espiritual; en una palabra, para todas las funciones ordinarias del día sin dispensar ni alterar jamás esta regla, no habiendo motivo grave y legitimo. Esta regularidad oprimirá algun tanto al amor propio; ¿pero qué importa si con ella se conserva y se aumenta la virtud?

2 La noche se hizo para el reposo, y el día para el trabajo. El padre de las tinieblas es el inventor de aquella moda que lo trastorna todo, haciendo de la noche día, y del día noche. Por lo mismo que le agrada tanto esta inversion se conoce, que no civa es para el alma. Evita cuanto puedas este desorden. Concede al sueño, y al descanso el tiempo necesario; pero madruga por la mañana. Apenas hay cosa, que mas veces nos aconseje el Espíritu Santo que esta importante diligencia. Por el Eclesiástico nos dice: *El justo se levantará al amanecer; y ofrecerá su corazón á Dios.* (Eccles. 39). Parece que las oraciones hechas al Señor por la mañana le son siempre mas gratas, y son mas eficaces. *Qui mane vigilat ad me*, dice por el Sabio, *inveniet me.* (Proverb. 8). Los que velaren y me buscaren al amanecer, indefectiblemente me hallarán. Dios está siempre pronto para asistir á los que le buscan: *Mane diluculo* (Ps. 45), muy de madrugada, dice David. Así lo practicaba el mismo santo monarca. *Interrumpidme, Señor, y Dios mio, el sueño al mismo romper el día para meditar en vuestras divinas perfecciones.* Apenas desabroche la aurora su rosicler (Ps. 62), dice en otra parte, en el primer instante del día me pondré siempre en tu pre-

sencia para implorar tu misericordia. *Manè adstabo tibi*. Lo mismo han hecho todos los Santos, y esta es la práctica inconcusa, indispensable de todas las comunidades religiosas: por lo que desde hoy en adelante has de hacer propósito de que tambien lo sea tuya. Levántate todos los dias muy temprano; porque esta diligencia es señal del alma fervorosa. *Vergüenza es*, dice el Sabio, *que al salir del sol nos encuentre profundamente dormidos*.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MACARIO, RUFINO, JUSTO, Y TEOFILO, en Roma. (Salazar en su Martirologio español cree poder asegurar que estos santos mártires eran españoles, y que murieron al filo de la espada en Sevilla durante la persecución suscitada en el reinado del emperador Trajano.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PÚPULO, CAYO, Y SERAPION, en Alejandria.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PRESBITEROS, DIÁCONOS, Y OTROS MUCHÍSIMOS, en la misma ciudad, que en tiempo del emperador Valeriano reinando una gran peste, se espusieron voluntariamente á la muerte, sirviendo y cuidando a los enfermos apestados; á los cuales la piedad de los fieles ha honrado siempre como mártires.

EL TRÁNSITO DE SAN ROMAN, abad, en la diócesis de Leon de Francia, en el Monte Jura, el primero que en aquel yermo hizo vida eremitica: despues esclarecido en virtudes y milagros, fué padre de muchos monjes. (*Véase su vida en este día.*)

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN AGUSTIN, obispo de la isla de Cerdeña, en Pavia, por disposición de Luitprando, rey de los Longobardos.

SAN ROMAN, FUNDADOR DE LOS MONASTERIOS DE MONTE-JURA, LLAMADO HOY SAN CLAUDIO.

Nació S. Roman en el condado de Borgoña hácia el año de 390. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazon, y por la pureza de sus costumbres fué desde entonces respetado como Santo. Tenia Roman deseo verdadero de serlo; y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar mas seguro abrigo para la inocencia en el retiro de la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida



S. ROMANO FUND.